

TERRITORIOS

# Yamandú Canosa

## El rastro que aparece

...

JOSÉ CARLOS CATAÑO

Voy a ceñirme, preferentemente, a la obra última de Yamandú Canosa (Montevideo, 1954) a su exposición *Quince visitas comentadas*, exhibida en el Studio Meyetta de Barcelona.

En el texto que ha escrito a propósito de la misma, Canosa trata del rostro, que llega a ser enunciado, entre otras formulaciones, “como visitante compulsivo de nuestra mirada”. También como “acumulación de los rostros que hemos sido y de los que hemos mirado/amado”.

Aun así, y sin quitarle un ápice a la poética lucidez del artista –ya puesta de manifiesto en otros textos, como *La mirada rampante* o *Suite dispersa*–, no me parece gratuito tornar rostro por rastro, porque entiendo que, con semejante operación, volvemos a encontrarnos con una misma actividad que, según el pintor y nosotros mismos, ejerce la mirada: el territorio del que se apropia, el paisaje que despliega, ocupa y trasciende el acto de mirar, y que ya estaba de alguna manera presente cuando Canosa ocupaba el espacio mitopoético del *Hotel Nada*.

Ciertamente, es preciso tornar rostro por rastro, pero también a la inversa, llevando a cabo un proceso de pura transividad: rastro por rostro.

Desde esa perspectiva, el artista, que se sitúa ahora como un hacedor de retratos, como un comentarista de encuentros que se ubican en la *casa de la mirada*, no sería tanto un sujeto a la espera de la *visita* –un asomo para el comentario–, cuanto aquel que va en busca del rostro que serpentea a través de un papel y se aleja de toda la precisión que pudiera dictar la palabra.

Y, justamente, el papel, su superficie, tendría que ver con

la aparente lisura de un desierto en medio del cual, y sin casualidad, va encontrando, casi a ciegas y casi sin palabras, pozos de sentido, aquellos que determinan la entrega al espectador de una acumulación o mixtura de faces.

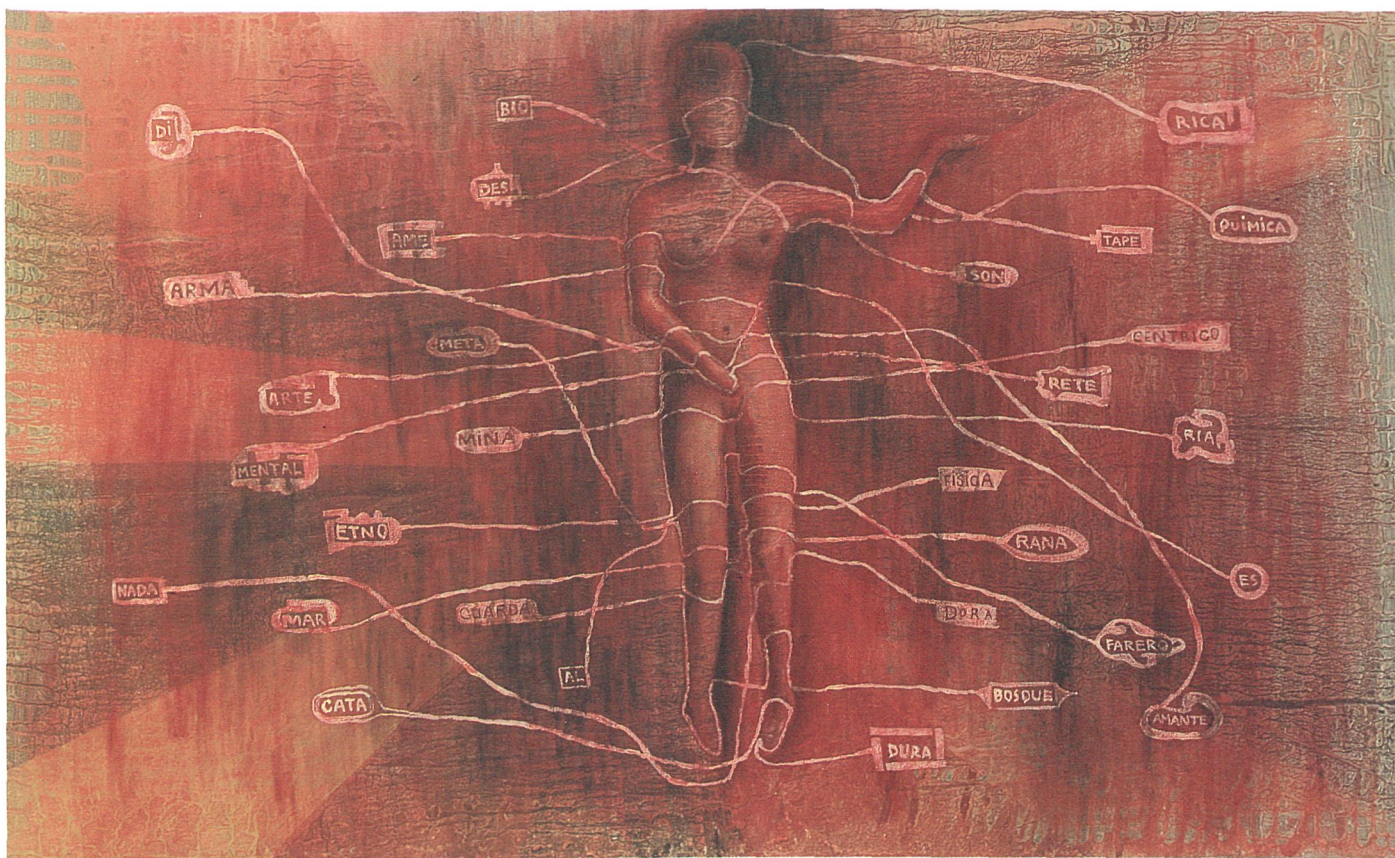
Así, el rostro aprehendido es la otra cara del rastro siempre huiente. Por tanto, ahora y aquí, atrapado en la supuesta fijeza de una forma, que es también la de una grafía sin voz ni color.

Porque el rastro es un acto de seducción, y en ello estriba el ejercicio de atracción de la mano, entendiendo por mano la inteligencia del pintor, que adivina dónde encontrar el pozo, donde extraer, desde el fondo, desde el anverso de una superficie, las apariencias acumulativas: la insinuación de una imagen que se instala, vacilante, yendo y viniendo, en el ruedo del ojo que se entrega a las metamorfosis. Y desde ahí –“todo arte es un gesto de traducción”, como ha escrito Canosa– gira y voltea y se desvanece lo traducido. Como una presa atrapada que, de tanto contemplarse, se difumina contra los elementos del cerco.

Una imagen para un paisaje. Un paisaje pleno de rastros que el artista concreta, a través de una *transferencia* –una vez más el concepto de traslado, de traducción, concepto habitual en su producción artística–, en los rostros que se asoman, en los rastros que se asombran.

El paisaje, en Yamandú Canosa, viene cobrando, desde hace tiempo, una tremenda importancia. Quizá porque conoce los subterfugios de la fugacidad y del pasaje, los enigmas de su *perpetuum mobile*. Porque conoce, en fin, la importancia de





Yamandú Canosa. *Hotel Nada/H 415*, 1992. 61 x 100 cm. Acrílico sobre tela.

una mirada rampante deslizándose por una tierra de aspecto baldío. Por el papel, blanco en apariencia. Por el lugar, en primera y última instancia espacio mental y físico, donde llevar a cabo las revelaciones topográficas que, por otra parte, han venido caracterizando buena parte de lo que Canosa ha ejecutado en los últimos años.

En *La mirada rampante*, escrito para la exposición del mismo nombre en el Museo Blanes de Montevideo (1993), Yamandú Canosa escribía: “Quizás pintamos lo que ignoramos, pero el intento se parece, imita y ama todo aquello que nunca nombró palabra”.

Y también: “toda mirada dibuja un paisaje”.

No puede ser extraño, pues, la previa aparición de la palabra como organizadora y/o protagonista del plano de la (re)presentación antes de llegar al estadio actual de las *transferencias* de imágenes sobre el papel.

La palabra como forma, ligada a la forma cromática para instaurarse como toponimia, dictando un mensaje, unos indicativos, mezcla de automatismos y de vigiliadas, concebidos pa-

ra acceder a una suerte de isla del tesoro: un mapamundi, un tejido del mundo. Eso es lo que en las últimas obras de Canosa surge como invenciones: territorios trasladados desde imaginaciones incógnitas, continentes deconstruidos y vueltos a formar, fronteras cuyo trazado ha sido rehecho de nuevo.

Y qué mejor ejemplo de lo que vengo diciendo que “la isla del sujeto”. Ahí, adherida a una pared que una linterna ilumina, se nos revela como el resultado siempre abierto de una mano –que se desempeña como si fuera sonámbula– y de unos ojos abiertos, formulando nuevos sentidos, o significaciones en marcha, en el plano del deseo.

Un ejercicio que reformula los continentes diversos. De esta manera, Canosa no sólo topografía de nuevo el terreno, sino que lo insulariza, como si la forma de la insularidad fuera la más apropiada a la estructura del ojo, siempre expectante.

A partir de esa labor, más allá y más acá de la nueva geografía que ilumina sus últimos encuadres, aparece la cara imprevista: el fruto de los rastros perseguidos por la mano de la mirada.